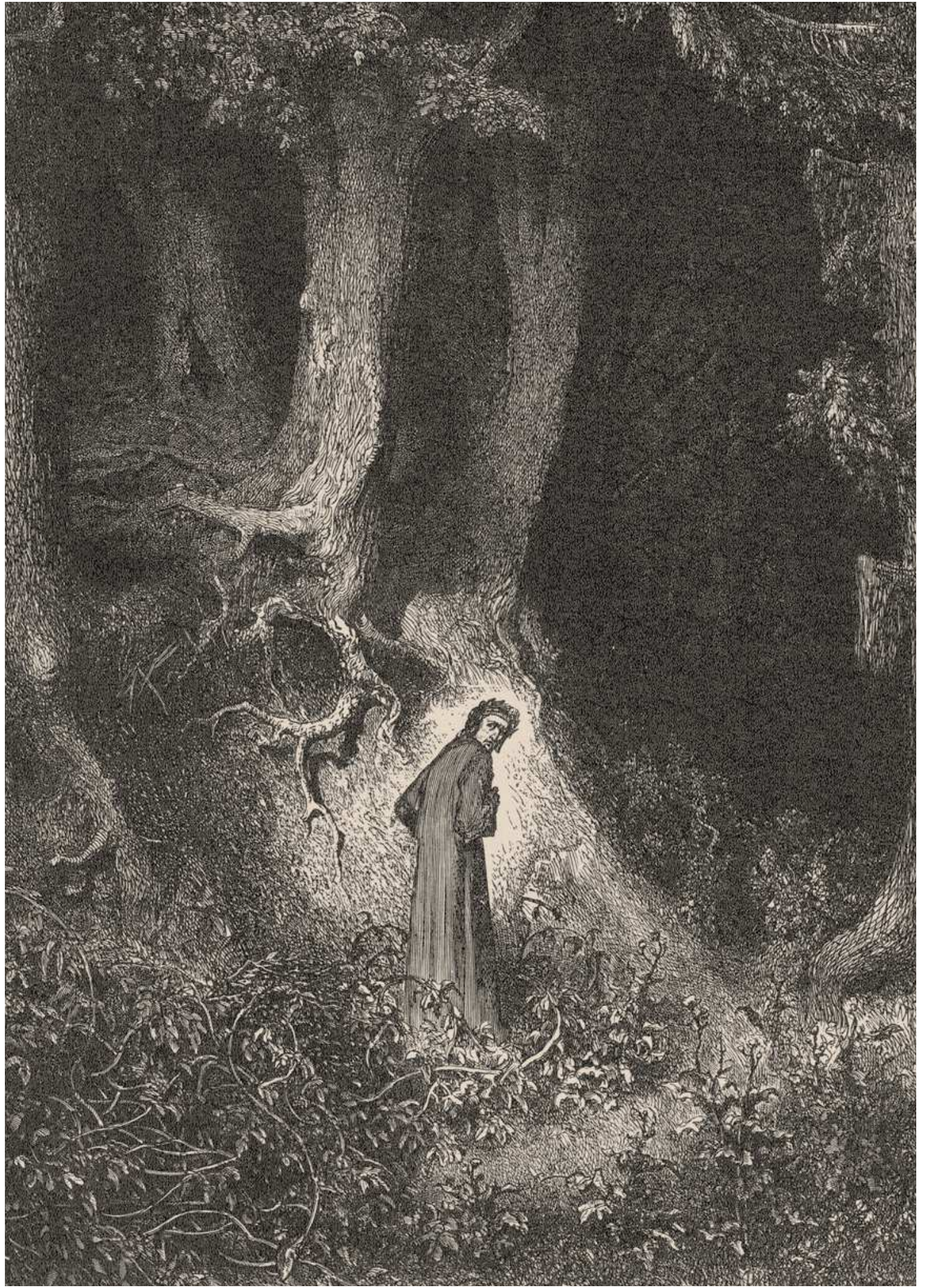




“A MENUDO SE RENIEGA DE *los maestros supremos*; se rebela uno contra ellos; se enumeran sus defectos; se los acusa de ser aburridos, de una obra demasiado extensa, de extravagancia, de mal gusto, al tiempo que se los saquea, engalanándose con plumas ajenas; pero en vano nos debatimos bajo su yugo. Todo se tiñe de sus colores; por doquier encontramos sus huellas; inventan palabras y nombres que van a enriquecer el vocabulario general de los pueblos; sus expresiones se convierten en proverbiales, sus personajes ficticios se truecan en personajes reales, que tienen herederos y linaje. Abren horizontes de donde brotan haces de luz; siembran ideas, gérmenes de otras mil; proporcionan motivos de inspiración, temas, estilos a todas las artes: sus obras son las minas o las entrañas del espíritu humano” (François de Chateaubriand: *Memorias de ultratumba*, libro XII, capítulo I, 1822).

**L**os *maestros supremos* son los escasos escritores –*genios nutricios*, dicen algunos– que satisfacen cabalmente las necesidades del pensamiento de un pueblo, aquellos que han alumbrado y amamantado a todos los que les han sucedido. **Homero** es uno de ellos, el genio fecundador de la Antigüedad, del cual descienden Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Horacio y Virgilio. **Dante Alighieri** engendró la escritura de la Italia moderna, desde Petrarca hasta Tasso. **Rabelais** creó la dinastía gloriosa de las letras francesas, aquella de donde descienden Montaigne, La Fontaine y Molière. Las letras inglesas derivan por entero de **Shakespeare**, y de él bebieron Byron y Walter Scott. Y las letras castellanas siempre saben remitirse a **Miguel de Cervantes**. La originalidad de estos *maestros supremos* hace que en todos los tiempos se los reconozca como ejemplos de las bellas letras y como fuente de inspiración de cada nueva generación de escritores. Esta sección de la *Revista de Santander* solamente estará abierta para ellos, para permitirles que continúen inspirando la voluntad de perfeccionamiento constante de los nuevos escritores colombianos.

Esta tercera entrega acoge los primeros cinco cantos de la primera parte de *La Divina Comedia*, titulada “El Infierno”, terminada por Dante antes de llegar a Rávena, donde fijó su residencia hacia 1315. La *Divina Comedia* se compone de 100 cantos, escritos en tercetos endecasílabos, divididos en tres partes: El Infierno, El Purgatorio y El Paraíso. Se ha escogido la versión castellana de Nicolás González Ruiz, tomada de la edición bilingüe de la Biblioteca de Autores Cristianos (Quinta edición de las *Obras Completas*, Madrid, 1994).



## CANTO I

A la mitad del camino de nuestra vida me encontré en una selva oscura, porque había perdido la buena senda. Y ¡qué penoso es decir cómo era aquella selva tupida, áspera y salvaje, cuyo recuerdo renueva el pavor! Pavor tan amargo, que dista poco de la muerte; mas, para tratar del bien que encontré en ella, contaré otras cosas de las que en ella vi.

No sabría explicar ahora cómo entré. De tal modo me dominaba el sueño cuando abandoné el buen camino. Pero a poco de llegar al pie de una colina donde terminaba aquel valle que así me había llenado de espanto el corazón, miré a lo alto y vi la cumbre, aureolada ya por los rayos del planeta que es guía fiel por todos los senderos.

Entonces se calmó un poco el miedo que había agitado el lago de mi corazón durante aquella noche tan penosa. Y lo mismo que aquel que ha logrado salir, tras afanosa lucha, del piélago a la orilla, se vuelve a mirar el agua llena de peligros, así mi espíritu, fugitivo aún, se volvió hacia atrás y contempló el paraje del que nadie salió vivo nunca.

Cuando di algún reposo a mi cuerpo fatigado, continué mi camino por la desierta playa, donde el pie firme se hundía. De pronto, casi al empezar la salida, una agílísima y veloz pantera, cubierta de pintada piel, se me puso delante, impidiéndome avanzar, de tal modo que muchas veces huí para volver otras tantas.

Empezaba entonces a amanecer, y el sol se levantaba rodeado de las mismas estrellas que le acompañaron cuando el amor divino creó tan bellas cosas, como invitándome a esperar, ante aquella fiera de piel man-





chada, la llegada del día y la dulce sazón; mas no sin que me diese pavor también un león que se apareció a mi vista.

Este parecía venir contra mí, alta la cabeza, rugiendo de hambre, tal que pensé que el aire se estremecía. Y una loba que en su delgadez parecía llena de todos los apetitos y había causado ya la desgracia de mucha gente, me dio tanta pesadumbre con el espanto que su vista provocaba, que perdí la esperanza de alcanzar la cima.

Y como aquel que se enriquece con alegría, al llegar la hora de perderlo todo, llora y se entristece con toda el alma, así me hizo sentirme aquella bestia implacable, que, viniendo contra mí, poco a poco me empujaba hacia donde el sol no luce. Mientras me deslizaba hacia el fondo oscuro, se me ofreció a los ojos alguien que, por el largo silencio que guardaba, parecía sin voz.

Cuando lo vi en el vasto desierto, le grité: “¡Ten piedad de mí, quienquiera que seas, hombre o sombra!”. Me respondió: “No soy hombre. Lo fui. Mis padres fueron lombardos, mantuanos los dos de nacimiento. Nací bajo Julio, aunque tarde, y viví en Roma bajo el buen Augusto, en el tiempo de los dioses falsos y engañosos. Fui poeta y canté a aquel justo, hijo de Anquises, que vino de Troya después de que ardió la soberbia Ilion. Pero tú ¿por qué vuelves a tanta pena? ¿Por qué no subes al deleitoso monte que es causa y principio de toda alegría?”.

“Entonces ¿eres tú aquel Virgilio, aquella fuente de la que nace tan caudaloso río de elocuencia? –le respondí con rubor en la frente–. ¡Oh tú, honra y luz de los poetas! ¡Válganme el largo estudio y el profundo amor que me hicieron disfrutar de tu obra! Tú eres mi maestro y mi autor; de ti sólo aprendí el bello estilo que me ha dado gloria. Mira la bestia que me ha obligado a huir. ¡Ayúdame contra ella, sabio glorioso, porque ella- me hace palpitar las venas y el pulso!”.

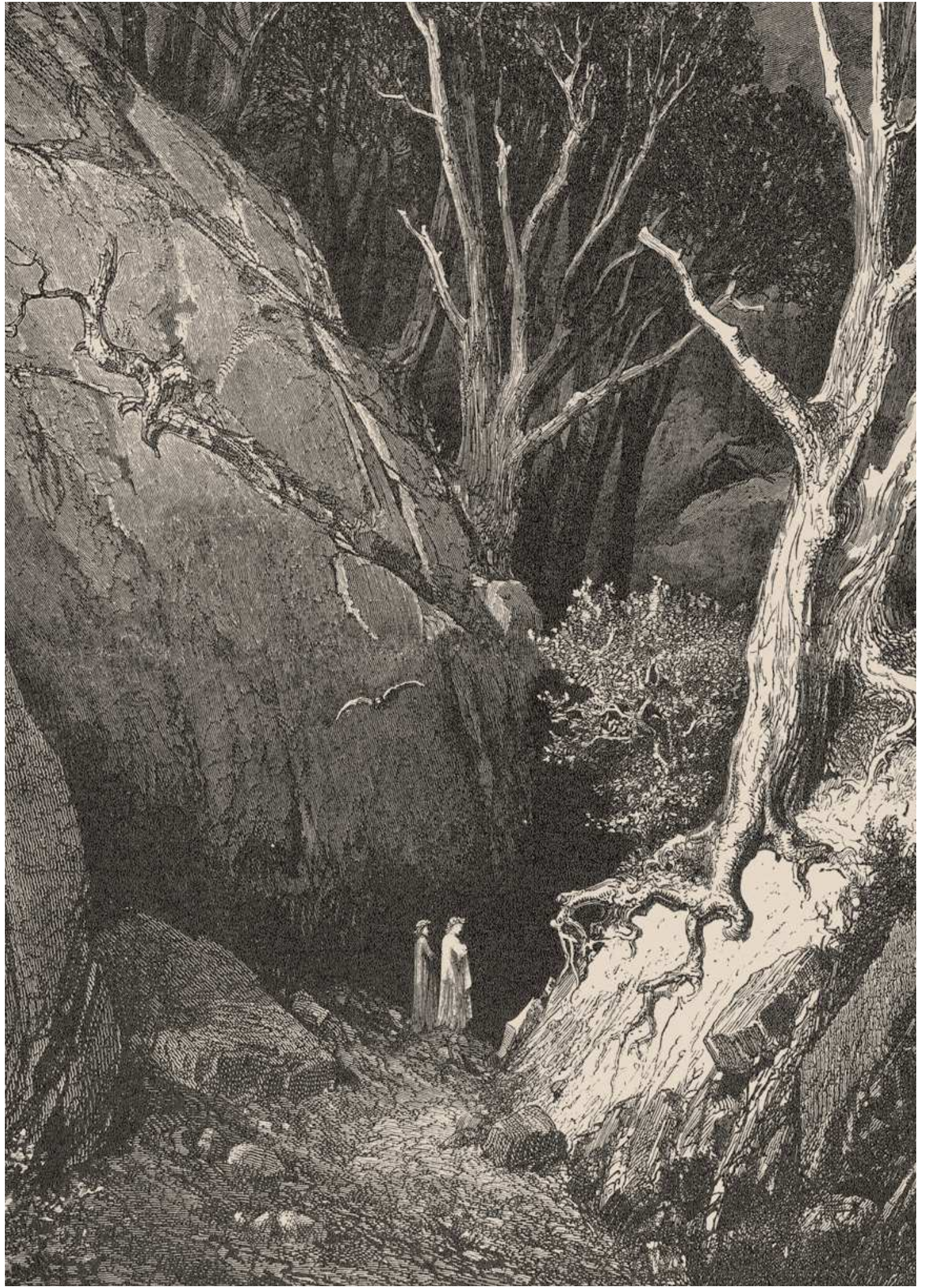
“Te conviene seguir otro camino si quieres huir de este lugar salvaje –replicó al verme llorar–. La bestia de la cual te quejas

no permite a nadie pasar por su camino, y para impedirlo lo mata. Tiene una naturaleza tan malvada y ruin, que nunca satisface su hambre voraz y siente más apetito después de comer que antes. Muchos son los animales con los que se une, y serán más todavía, hasta que venga el mastín que le dé dolorosa muerte. El no se alimentará ni de bienes de la tierra ni de metales, sino de sabiduría, amor y virtud, y su patria estará en la pobreza. Será salud de aquella Italia humilde por la que murió la virgen Camila”, y heridos Eurialo, Turno y Niso. Echará a la bestia de un lugar a otro hasta que la arroje al infierno, de donde la sacó la envidia. Por eso he pensado y decidido, por tu bien, que me sigas. Seré tu guía y te llevaré desde aquí al lugar eterno donde oirás gritos de desesperación, verás a los antiguos espíritus dolientes llorando su segunda muerte cada uno, y verás a los que están contentos entre las llamas porque esperan llegar, cuando sea, a reunirse con las almas venturosas. Si tú quieres ir después hasta ellas, alma encontrarás que te guíe “; más digna que yo, y con ella te dejaré al partirme, pues el Emperador que reina en lo alto, por haber sido yo rebelde a su ley, no quiere que a su ciudad se llegue por mí. En todas partes impera y desde allí rige. Allí están su ciudad y su excelso trono. ¡Feliz aquel a quien llama!”.

Yo le dije: “Poeta, te suplico por aquel Dios que tú no conociste, que pueda huir de este mal y de otros peores; que me conduzcas donde has dicho y vea yo la puerta de San Pedro u y a aquellos que están tan afligidos.” Echó a andar y yo seguí tras él.

## CANTO II

Declinaba el día, y el aire oscurecido libraba de sus fatigas a los vivientes de la tierra. Sólo yo me disponía a sostener la lucha del cuerpo y del alma, que narrará con toda fidelidad la mente. ¡Oh musas! ¡Oh alto inge-



nio! ¡Ayudadme! ¡Oh mente que escribiste lo que vi! Aquí se advertirá tu nobleza.

Empecé diciendo: “Poeta que me guías: mira si mi aliento basta antes de que te aventuras en tan ardua empresa. Dices que el padre de Silvio, estando vivo aún, fue materialmente al reino inmortal; pero, si el adversario de todos los males le hizo esa concesión, pensando en el alto efecto que debía producir, no parece cosa indigna de tan gran hombre que fue elegido en el cielo empíreo por padre de Roma y de su Imperio, en los cuales, a decir verdad, fue establecido el lugar santo, sede del sucesor de Pedro. En ese viaje que tú has cantado, oyó cosas que fueron principio de su victoria y del manto papal. El vaso de elección estuvo después allí para reconfortar aquella fe por la que se entra en el camino de la salvación. Mas yo, ¿por que iré? ¿Quién lo permite? Yo no soy ni Eneas ni Pablo. Ni yo ni nadie me cree digno de esto. Si me lanzo a tal viaje, temo que resulte una empresa loca. Tú eres un sabio: entiende lo que no acierto a decir.”

Y como aquel que ya no quiere lo que antes quería y, movido por nuevos pensamientos, cambia de propósito, a tal punto que todo lo varía por completo, fui yo en aquella oscura playa, pues, pensándolo bien, abandoné la empresa que tan súbitamente había comenzado.

“Si he comprendido bien tus palabras —respondió la sombra de aquel hombre magnánimo—, tu alma ha sido atacada por la cobardía, la cual pesa muy a menudo sobre el hombre, de tal modo que lo retrae de alguna empresa honrada, como las apariencias falsas asustan a las bestias. Para librarte de ese temor, te diré por qué vine y lo que experimenté en el primer momento en que te compadecí. Yo estaba entre los que viven sin pena ni gloria, cuando me llamó una mujer tan pura y tan bella, que la requerí a que me mandase. Sus ojos brillaban más que los luceros y empezó a hablarme en su idioma con voz angelical, clara y suave:

—¡Oh piadosísima alma mantua-

na, cuya fama dura todavía en el mundo y vivirá lo que el mundo viva! Mi amigo, y no de la ventura, está en la desierta playa con tantos obstáculos en su camino, que se ha vuelto atrás por miedo. Temo que esté ya tan extraviado, por lo que he pido decir de él en el cielo, que mi socorro llegue tarde. Ve, y con tu elegante palabra y con lo que sea menester para su salvación, ayúdalo de manera que yo quede consolada. Soy Beatriz la que te manda que vayas; vengo del lugar adonde deseo volver y es, el amor quien me mueve y me hace hablar.

Calló entonces, y después empecé yo:

— ¡Oh mujer virtuosa, la única por la cual la especie humana supera a cuanto se contiene bajo la esfera menor del cielo! Tanto me place tu mandato, que me tardaría obedecerlo aunque ya lo hubiese cumplido. Basta con que me hayas dicho tu deseo. Pero dime la razón por la que no vacilaste en descender a este centro profundo desde aquel espacioso lugar donde anhelas volver.

— Ya que quieres calar tan hondo —me respondió—, te diré brevemente por qué no he temido bajar aquí. Se han de temer tan sólo aquellas cosas que pueden dañar al prójimo; las demás no, pues no dan miedo. Dios me ha hecho por su gracia tal, que no me alcanza vuestra miseria, ni una llama de este incendio me puede asaltar. Una mujer excelsa hay en el cielo que se compadece de la situación en que está aquel a quien te envió, y ella mitiga allí todo juicio severo. Ella mandó llamar a Lucía y le dijo: “Tu fiel servidor te necesita, y yo te lo encomiendo”. Lucía, enemiga de toda crueldad, fue donde yo estaba sentada, junto a la antigua Raquel”, y exclamó: “Beatriz, alabanza de Dios verdadero, y por qué no socorres a quien tanto te amó, que se alejó por ti de la esfera vulgar? ¿No oyes la angustia de su llanto? ¿No ves la muerte contra la que está luchando sobre la laguna más impetuosa que el mar? No hubo jamás en el mundo persona que corriese a lograr su provecho o huir de su daño tanto como yo para





venir aquí desde mi alto sitio, después de oír aquello, confiando en tu elocuencia, que te honra a ti y a quienes la escuchan.

“En cuanto me hubo dicho sus razones, apartó de mí sus brillantes ojos llenos de lágrimas, lo que me movió a venir más pronto junto a ti, como ella quería. Te libró de aquella fiera que cierra el atajo hacia el bello monte. ¿Qué ocurre, pues? ¿Por qué vacilas? ¿Por qué albergas tanta bajeza en tu corazón? ¿Por qué no te animan el valor y la lealtad, cuando tres benditas mujeres se cuidan de ti en el cielo y mis palabras te prometen tanto bien?”

Como se levantan y se abren, cuando las besa el sol, las florecillas cerradas y dobladas por el hielo nocturno, me aconteció a mí, que estaba sin fuerzas, y se me llenó de tal ardimiento el corazón, que empecé a decir, sintiéndome seguro: “ ¡Oh piadosa mujer que me socorres, y tú, que tan bondadosamente obedeciste el ruego sincero que te dirigí! Tú me has dado tantos ánimos con tus palabras, que he vuelto a mi primer propósito. Vamos, pues. Una misma voluntad nos une. Guía tú, señor y maestro”. Así le dije; y cuando echó a andar, entré por el difícil y áspero camino.

### CANTO III

Por mí se va a la ciudad doliente;  
por mí se va a las penas eternas; por mí se  
va entre la gente perdida. La Justicia movió  
a mi supremo Autor. Me hicieron la divina  
potestad, la suma sabiduría y el amor prime-  
ro. Antes que yo no hubo cosa creada, sino  
lo eterno, y yo permaneceré eternamente.  
Vosotros, los que entráis, dejad aquí toda es-  
peranza.

Estas sombrías palabras vi escritas  
sobre el dintel de una puerta, y al verlas dije:  
“Maestro: su significación me espanta”. Y  
él, como persona clarividente, me contestó:  
“Conviene dejar aquí todo recelo y que mue-





ra toda bajeza. Hemos llegado al lugar donde te dije que verías a la gente condenada que perdió el supremo bien”. Y una vez que hubo puesto su mano en la mía, con rostro alegre, que me confortó, me introdujo en las cosas secretas.

Suspiros, llantos y profundos ayes resonaban en aquel aire sin estrellas, lo que al principio me conmovió. Extraños lenguajes, horribles blasfemias, palabras de dolor, acentos iracundos, voces fuertes y roncas, batir de manos desesperadas, formaban un continuo tumulto en aquel aire eternamente denso y caliginoso como la arena arremolinada por el vendaval. Y yo, que sentía la cabeza oprimida por el horror, dije: “Maestro: ¿qué es lo que oigo y qué gente es ésta, vencida así por el dolor?”

“Esta mísera suerte –me contestó– sufren las almas tristes de aquellos que torpemente vivieron sin vituperio ni alabanza. Están mezclados con aquel odioso coro de los ángeles que ni se rebelaron contra Dios ni le fueron leales, sino que permanecieron apartados. Los cielos los rechazan por no ser bastante buenos, y el profundo infierno no los admite, ya que alguna gloria recibirían de ellos los condenados”.

Yo: “Maestro, ¿qué dolor tan grave experimentan, que los obliga a lamentarse así?” Respondióme: “Te lo diré en dos palabras. Estos no abrigan esperanza de morir, y su ciega vida es tan despreciable, que envidian cualquier otra suerte. El mundo no guarda recuerdo de ellos, olvidados por la misericordia y la justicia. No hablemos de ellos más; míralos y pasa”.

Y yo, al mirar, vi una bandera que ondeaba corriendo con tal rapidez que parecía desdeñar cualquier reposo. Detrás venía tan gran muchedumbre de personas, que nunca hubiera creído que a tantos hubiera destruido la muerte. Puesto que había conocido a algunos, vi y reconocí la sombra de aquel que hizo, por cobardía, la gran renuncia. En seguida comprendí, y estuve seguro de

que aquélla era la secta de los viles, ni agradables a Dios ni a sus enemigos.

Aquellos desventurados, que nunca vivieron de verdad, estaban desnudos y los aguijaban muchos moscones y avispas que volaban por allí, les surcaban el rostro de sangre que, mezclada con lágrimas, caía a sus pies y era recogida por repugnantes gusanos.

Después me puse a mirar más allá, y vi gente a la orilla de un río, por lo cual dije: “Maestro, dignate decirme quiénes son y qué ley los obliga a parecer tan impacientes por pasar, como percibo a esta claridad tan débil”. Y él me contestó: “Te lo explicaré cuando detengamos nuestros pasos en la triste orilla del Aqueronte”.

Entonces bajé avergonzado los ojos, temiendo que mis palabras lo importunasen, y me privé de hablar hasta que llegamos al río. Y he aquí que hacia nosotros venía en barca un viejo de barba y cabellos blancos gritando: “¡Ay de vosotras, almas perversas! ¡No esperéis ver el cielo jamás! Vengo para conducirlos a la otra orilla, a las tinieblas eternas, al fuego y al hielo. Y tú, alma viviente que estás aquí, apártate de los que ya han muerto!”. Pero, al ver que yo no me movía, dijo: “Por otro camino, por otro puerto llegarás a la playa. No has de pasar por aquí, pues conviene que te lleve otra barca más ligera”.

Mi guía le replicó: “Caronte, no te irrites. Lo mandan así donde se puede lo que se quiere, y no preguntes más”. Entonces se aplacó el barbudo rostro del barquero de la cenagosa laguna, que en torno a los ojos tenía un círculo de llamas.

Pero aquellas almas, abatidas y desnudas, mudaron el color y rechinaron los dientes apenas oyeron las sañudas palabras. Blasfemaban de Dios y de sus padres, de la especie humana, de la hora en que nacieron, de la prole que habían engendrado. Después se reunieron todos, deshechos en lágrimas, en la orilla maldita que espera a los que no temen a Dios. Caronte, demonio con ojos de brasa, los hace entrar a todos con señas

imperiosas y golpea con el remo a los que se sientan. Como en otoño caen las hojas, una tras otra, hasta que la rama ve en el suelo todos sus despojos, así los condenados, hijos de Adán, uno a uno, obedecieron a la seña como a un reclamo.

Se fueron por las ondas oscuras; y antes de que bajaran en la otra orilla, se reunieron de este lado nuevas multitudes. “Hijo mío –dijo amablemente el maestro–, los que murieron maldiciendo a Dios se juntan aquí desde todas partes, dispuestos a pasar el río, pues la divina justicia los empuja y el temor se les vuelve deseo. Por aquí no pasa jamás un alma buena, y por eso, si Caronte se quejó de ti, bien puedes comprender ahora el significado de sus palabras”.

En esto, aquella tierra sombría tembló con tal fuerza, que todavía el espanto me baña la frente en sudor. Del lugar de los afligidos brotó un viento que hizo relampaguear una luz roja que me privó de sentido, y caí como un hombre rendido por el sueño.

#### CANTO IV

Interrumpió mi profundo sueño un trueno fragoroso que me resonó en la cabeza y despertóme como aquel a quien por la fuerza levantan. Puesto en pie, volví los ojos a mi alrededor, mirando atentamente para percatarme del lugar donde estaba. Me encontraba, en verdad, hacia la proa de aquel valle, abismo de dolor, que resuena con aves infinitos. Era oscuro, profundo y de tal modo envuelto en tinieblas, que al mirar a lo lejos no distinguía cosa alguna.

“Bajemos al mundo ciego –dijo el poeta, que estaba pálido–. Yo entraré primero, y tú, detrás”. Y yo, que me había dado cuenta de su palidez, dije: “¿Cómo podré avanzar, si tú, que sueles confortarme en mis vacilaciones, tienes miedo?” Me contestó: “Es la angustia por los que están aquí la que

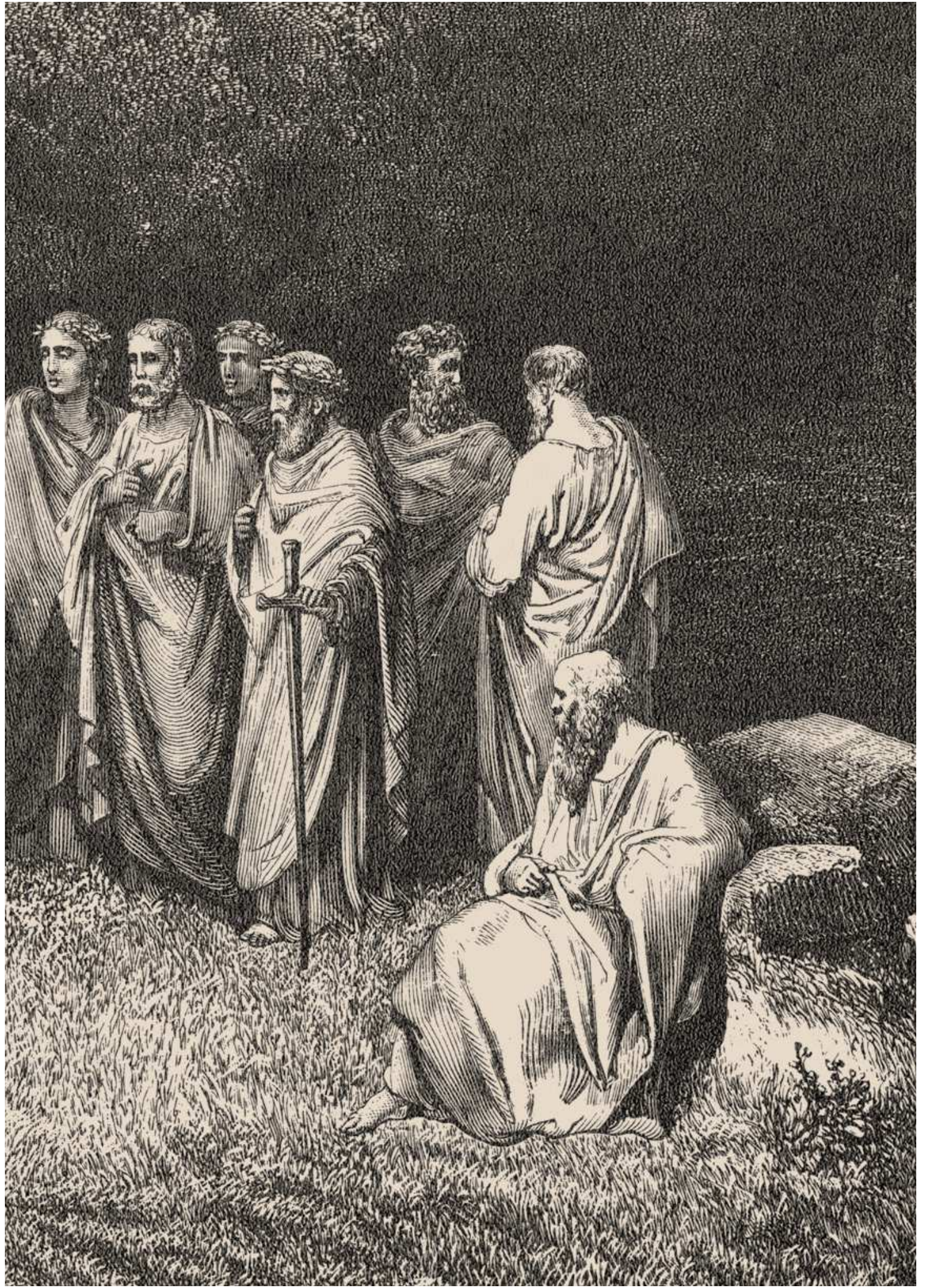
se me pinta en la cara, y esa piedad es la que tú confundes con el temor; vamos ya, que el camino es largo”.

Así entró y me hizo entrar en el círculo primero de los que rodean el abismo. Allí, según lo que pude escuchar, no había llanto, sino suspiros que temblaban en el aura eterna. Procedían del dolor sin martirio que soportaban grandes muchedumbres de niños, mujeres y hombres. El buen maestro exclamó: “¿No preguntas qué espíritus son estos que ves? Quiero que sepas, antes de pasar adelante, que no pecaron; pero, si tienen algún mérito, no basta, porque no recibieron el bautismo, puerta de la fe en la que tú crees. Vivieron antes del cristianismo y no adoraron debidamente a Dios. Yo mismo soy uno de ellos. Por esta falta, y no por otro pecado, nos hemos perdido y nuestro castigo es un deseo sin esperanza”.

Sentí un gran dolor de corazón cuando vi esto, pues me di cuenta de que muchas gentes de gran valor estaban suspendidas en aquel limbo. “Dime, maestro y señor mío –repliqué para asegurarme en aquella fe que vence todo error–, ¿alguna vez salió de aquí alguien, por sus méritos o por los ajenos, que ascendiese después a ser dichoso?” Y él, que entendió lo que encubría mi pregunta, replicóme: “Era yo un recién llegado cuando vi entrar a un ser poderoso coronado con tributos de victoria. Se llevó a la sombra de nuestro primer padre; a la de Abel, su hijo; a la de Moisés, legislador obediente; la del patriarca Abraham, la del rey David; a Israel con su padre y con su prole y con Raquel, por la que tanto hizo, y a muchos otros. Les dio la bienaventuranza, y quiero que sepas que antes de ellos ningún humano espíritu se había salvado”.

No deteníamos el paso mientras él hablaba, sino que atravesábamos la selva; la selva, digo, poblada de espíritus. No nos habíamos alejado mucho aún del lugar donde desperté, cuando vi un fuego que circundaba un hemisferio de tinieblas. Estábamos lejos aún, pero no tanto que yo no percibiese la





honra que recibían quienes habitaban aquel lugar.

“¡Oh tú, honor de la ciencia y del arte! ¿Quiénes son éstos, a los que se tributa la honra de recibir trato distinto de los demás?” Y él me replicó: “La buena fama que de ellos se extiende por tu mundo les ha conquistado del cielo esta distinción”. Entretanto, oí una voz que dijo: “Honrad al altísimo poeta; vuelve su sombra, que se había ausentado”. Cuando la voz quedó silenciosa, vi cuatro grandes sombras que hacia nosotros venían, cuyo semblante no estaba ni alegre ni triste.

Mi buen maestro comenzó a decir: “Mira aquel que, espada en mano, se adelanta a los otros tres como señor; es Homero, el soberano poeta. El que le sigue es Horacio, el satírico; Ovidio es el tercero, y Lucano, el último. A cada uno de ellos conviene el mismo nombre que me dieron a una sola voz; con ello me honran y hacen bien”.

Así vi reunirse la insigne escuela de aquel señor del altísimo canto que vuela sobre todos como un águila. Después de haber platicado entre ellos breve espacio, aquel se volvió hacia mí con ademán amistoso que hizo sonreír a mi maestro. Y aún me hicieron más honor, pues me llamaron con ellos, de modo que fui el sexto entre tanta sabiduría. Así anduvimos hacia el círculo de fuego, hablando de cosas que es bueno callar, como bueno era hablar de ellas entonces.

Arribamos al pie de un noble castillo, siete veces rodeado de altos muros y ceñido por un lindo riachuelo. Atravesamos éste como tierra firme. Por siete puertas entré con aquellos sabios y nos reunimos en un prado verde y fresco. Había allí gentes de mirar reposado y grave, con el semblante lleno de autoridad. Hablaban despaciosa y suavemente. Nos pusimos a una parte, en lugar abierto, luminoso y elevado, de manera que pudiésemos verlos a todos. Y en el acto me mostraron sobre el verde esmalte de la pradera los grandes espíritus, cuya vista me colmó de gozo.







Vi a Electra con muchos compañeros, entre los que reconocí a Héctor y a Eneas; a César, armado, con ojos de águila. Vi a Camila y a Pentesilea, de otra parte, y vi al Rey Latino sentado allí con su hija Lavinia. Vi a aquel Bruto que expulsó a Tarquino; vi a Lucrecia, a Julia, a Marcia, a Cornelia y a Saladino, solo en un rincón.

Al levantar un poco la vista contemplé al maestro de los sabios, sentado entre su familia de filósofos. Todos lo miran, todos le tributan honores. Allí vi a Sócrates y a Platón, que estaban más próximos a él que nosotros; a Demócrito, que piensa que el mundo es fruto de la casualidad; a Diógenes, Anaxágoras, Tales, Empédocles, Heráclito y Zenón. Y vi a Dioscórides, el buen observador de las cualidades; a Orfeo, Tulio y Lino y al moral Séneca. A Euclides, geómetra; a Tolomeo, Hipócrates, Avicena, Galeno y Averroes, que escribió el gran comentario del maestro. No puedo mencionar a todos, pues me desborda el largo tema y muchas veces faltan palabras para decir lo que se ve. La compañía de los seis se dividió. El sabio guía me condujo por otro camino, fuera de la quietud, hacia el aura temblorosa, y fui donde no brillaba luz alguna.

### CANTO V

Así descendí del círculo primero al segundo, que abarca menor espacio y mayor dolor, dolor que arranca desgarradores ayes. Allí está el horrible Minos, que, rechinando los dientes, examina las culpas a la entrada, juzga y señala lugar según las vueltas que se da con la cola. Digo que cuando el alma pecadora se le presenta, se confiesa con él; y aquel gran conocedor de los pecados ve qué lugar del infierno le corresponde, y se ciñe con la cola tantas veces como el número del círculo en que quiere que el alma sea colocada.

Siempre hay muchas ante él que

van pasando a juicio por turno; dicen sus pecados, oyen la sentencia y luego son arrojadas a su destino. “¡Oh tú, que vienes al hospicio del dolor! –Gritó Minos al verme, interrumpiendo sus funciones–. Mira cómo entras y de quién te fías; no te engañe la amplitud de la entrada”. Y mi guía le contestó: “¿Por qué gritas así? No le cierres el camino señalado desde allí donde se puede lo que se quiere, y no preguntes más”.

Empezaron entonces a llegar lamentos a mis oídos y pasé a un lugar donde me impresionaron hondas quejas. Era un sitio privado de toda luz, fragoroso como un mar agitado por la tormenta y combatido por vientos contrarios. La borrasca infernal, que no cesa nunca, arrastra a los espíritus en sus torbellinos, haciéndolos girar, y los hiere golpeándolos contra el cerco. Cuando llegan allí lanzan gritos estridentes, lloran, se lamentan y blasfeman contra el poder divino. Oí decir que a tales suplicios estaban condenados los pecadores carnales, que someten la razón a la pasión.

Y así como los estorninos vuelan, en el tiempo frío, en grandes bandadas espesas, así arrastraba aquel viento a los espíritus malvados de acá para allá, de abajo arriba, sin que nunca los consolara la esperanza de reposo ni de minoración de la pena.

Y tal como van las grullas lanzando sus lamentos, formando una larga fila en el aire, así vi venir, exhalando ayes, las sombras arrastradas por la borrasca aquella.

Por lo cual dije: “Maestro, ¿qué gentes son aquellas a las que el negro vendaval castiga de tal modo?”. “La primera de aquellas de quien me pides noticia –replicó entonces– fue emperatriz de muchas naciones. Se entregó en tal grado al vicio de la lujuria, que lo convirtió en lícito a todos en su ley para substraerse a la vergüenza en que vivía. Es Semíramis, de la que se lee que sucedió a Niño, y fue su esposa, y mandó en la tierra que hoy rige el sultán. La otra es aquella que se mató por amor y rompió la fe prometida al difunto Siqueo. Viene después la lasciva



Cleopatra. Allí ves a Elena, por cuya causa hubo luto tanto tiempo, y ves al gran Aquiles, que combatió al fin con el Amor. Ves a Paris, a Tristán”. Y me nombró y señaló con el dedo más de mil sombras que el amor arrebató de la vida nuestra.

Después de que oí a mi maestro nombrar a las mujeres antiguas y a sus caballeros, casi desfallecí de compasión. Y dije: “Poeta, de buena gana hablaría a aquellos dos que van juntos y parecen flotar más ligeros en el viento”. Me contestó: “Los verás cuando estén más cerca de nosotros, y entonces les ruegas en nombre de aquel amor que los conduce, y vendrán”.

Tan pronto como el viento los trajo hacia donde estábamos, grité: ¡Oh almas en pena! Venid a hablar con nosotros si os lo permiten”. Como palomas que movidas por el deseo, con las alas tendidas, van hacia el dulce nido, llevadas de una misma voluntad, así salieron del tropel donde está Dido, viniendo a nosotros por aquel aire inmundo. Tan fuerte fue mi emocionada exclamación.

“¡Oh ser generoso y benigno, que vas visitando por el aire tenebroso a los que teñimos el mundo con sangre! Si gozáramos de la amistad del Rey del universo, le pediríamos para ti la paz, ya que te apiadas de nuestro terrible dolor. Lo que te plazca oír o hablar, nosotros te lo diremos o te lo escucharemos mientras el viento calle como ahora. Tiene asiento la tierra donde nació en la costa donde desemboca el Po, con sus afluentes, para dormir en paz. El amor, que se apodera pronto de los corazones nobles, hizo que éste se prendase de aquella hermosa figura que me fue arrebatada del modo que todavía

me atormenta. El amor, que al que es amado obliga a amar, me infundió por éste una pasión tan viva que, como ves, aún no me ha abandonado. El amor nos condujo a una misma muerte. El sitio de Caín espera al que nos quitó la vida”.

Estas fueron sus palabras. Cuando vi a aquellas almas heridas incliné la cabeza; y tanto tiempo la tuve así, que el poeta me dijo: “¿En qué piensas?”. “¡Oh infelices! —dije al contestar—. ¡Cuántos dulces pensamientos, cuántos deseos llevaron a éstos al doloroso trance!” Luego me volví a ellos y; les dije:

“Francesca, tus martirios me hacen derramar lágrimas de tristeza y piedad. Pero dime: en el tiempo de los dulces suspiros, ¿cómo y por qué os permitió el amor que conocieseis los turbios deseos?” “No hay mayor dolor —me replicó— que acordarse del tiempo feliz en la miseria. Bien lo sabe tu maestro. Pero, si tienes tanto deseo de conocer la primera raíz de nuestro amor, te lo diré mezclando la palabra y el llanto. Leíamos un día, por gusto, cómo el amor hirió a Lanzarote. Estábamos solos y sin cuidados. Nos miramos muchas veces durante aquella lectura, y nuestro rostro palideció; pero fuimos vencidos por un solo pasaje. Cuando leímos que la deseada sonrisa fue interrumpida por el beso del amante, éste, que ya nunca se apartará de mí, me besó temblando en la boca. Galeoto fue el libro y quien lo escribió. Aquel día ya no seguimos leyendo”.

Mientras que un espíritu decía esto, el otro lloraba de tal modo que de piedad sentí un desfallecimiento de muerte y caí como los cuerpos muertos caen. ❖



